

### **Karla Sandomingo:**

*Guadalajara, Jalisco, 1970.* Poeta y narradora. Cofundadora de la revista cultural *Tragaluz* de la que fue subdirectora editorial, y en la que publicó la columna “Crónicas del desamparo”. Escribió la columna *Paso de Cebra* en el diario Público del Grupo Milenio durante tres años y participó en la Radio Universidad de Guadalajara durante más de cuatro años. Imparte talleres de escritura desde hace más de diez años y fue promotora cultural del Fondo de Cultura Económica. Con la beca “Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico del Estado de Jalisco” escribió el libro *Extracto del espejo*, con el que ganó el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola, 2009.

## Serpentina

El río era una enorme lengua que soltaba todos los gritos del agua. Ella ya no quería vivir. Y el agua daba vueltas con todos sus colores girando lodo adentro, con todas las sorpresas que puede tener un río hablador. Por eso dormía. Las nubes habían despertado. Poco a poco llegó la lluvia. El río era una enorme lengua. Ella no quería vivir. Dormía. Y no era tristeza —ellas no pueden ser tristes— eran ganas de soñar otra vida. Soñaba con extensísimos y plácidos campos verdes, con un manto azul sobre ella, con aire en abundancia. Soñaba. Y la tormenta llegó. Ella dormía y soñaba que un río se extendía ante sus ojos y llovían sobre él animales de manchas blancas y negras, y descansaban sobre el agua como barcas pequeñas y gordas, y pastaban en el agua; tendían puentes entre el latido y el silencio.

Ellos observaban el río. Ella, la muchachita, parecía dormida; soñaba. Yo los vi. El cielo estaba ya despejado cuando se acercaron a mí, lentamente, y me preguntaron por ella, si yo la había visto con el becerro. Dije que no, que a ninguno. Pero sí vi. Es que se veía que el muchacho no hallaba qué hacer, cómo tranquilizar a su hermana. Y ella sollozaba y sus pechos se movían de arriba abajo. Como yo contemplo el río ahora, ellos contemplaban la suciedad en el agua, y las ramas, el lodo, las hojas que flotan con rapidez en la superficie y luego desaparecen hundiéndose repentinamente. Y los peces venían desde arriba, flotando también, inmóviles, hinchados, y se perdían de vista para aparecer otros. Así se fue la vaca, la dormilona vaca, la Serpentina se fue girando; primero, sus patas abajo y el lomo apenas asomado en la superficie, luego, las patas arriba, tíasas, estiradas, como buscando el cielo. Se perdió en su último sueño. Dice el muchacho que tal vez estaba dormida y no se dio cuenta de que el río se llenaba. Dice el muchacho que tal vez creyó que podía cruzarlo. Y preguntó. Y le dije que no. Que nada.

No dije sobre el becerro.

La muchacha se quedó sin nada, sin una vida para vivir con un hombre. A menos que el becerro haya podido salir allá, río abajo, donde ya nadie vio, y un hombre lo haya agarrado y encerrado en su casa para que nadie supiera, y lo marcara con su fierro y esperara a que creciera y a que nadie se acordara, para luego llevarlo a la matanza y venderlo, y ya en canal ni quién sepa que era el becerro de la Serpentina, la vaca que le había dado a Tacha su mismo padre pa' que agarrara buen hombre.

Entrados los meses, después de visitar a Tacha, con el pretexto de la muerte de su tía Jacinta y la pérdida de sus dos animales, quizás le saque a ella su tristeza de esos ojos

tan bonitos, y ya de pasadita, después de muchas pláticas para que se sienta confiada, una mirada de sorpresa y espanto cuando la agarre con mi cuerpo, ahora que está tiernita, antes de que se pierda entre los brazos de los demás hombres que también quieren con ella. Tan chula la Tacha. Y el río caudaloso que soy le saque todos los gritos y dé vueltas mi lengua en todo su cuerpo como serpentina ardorosa y colorida. Como serpentina mi lengua girando y girando bien alegre. Como Serpentina, la carne de Tacha asadita en mi calor para comérmela entera. Una fiesta cuerpo adentro con todas las sorpresas que puede tener un río como éste que viene debajo de mí, queriendo perder sus orillas, como las pierde el río que contempla Tacha con su hermano. Tan bonita con sus ojos tristes y sus tetas brincando. Primero seré yo, de entre todos los hombres, quien sienta con mis manos los senos hinchados —que ahora suben y bajan mientras solloza por su vaca hundida en el agua puerca—, y los pezones pálidos y erectos en mi boca seca y sedienta de pezones pálidos y erectos—. Y ella soñará, querrá dormir como serpentina enredada en mis piernas. Soñará con extensísimos y plácidos campos verdes, con un manto azul sobre ella, con aire en abundancia. Soñará. Dormirá y soñará que un río se extiende ante sus ojos, y llueven niñas ahogadas en el espanto, flotando tiernas sobre el agua como barcas pequeñas o como puentes entre el grito y el cuerpo del río. Soñará que su espalda se tiende en la superficie del agua y que sus brazos se abren hacia arriba como buscando, como buscando. ¡Serpentina! ¡Serpentinaaaa!

Y nadie le creará cuando diga que fui yo. Yo diré que no, que, pobrecita mocososa, ella quedó mal de la cabeza con la muerte de su tía Jacinta, pregúntenle a su hermano. Él la vio cuando contemplaba el río y me preguntaba por la Serpentina y su becerro. Yo voy a decir que no. De cualquier manera la vaca era para que ella tuviera hombre, así que ya está pagada la cuenta con el becerro que rescaté río abajo.